

Los Orígenes*

(Infancia de Neruda)

A Temuco el poeta se traslada *sin habla*, como él mismo escribe.¹ Este segundo mundo en que se divide su infancia será eso propiamente, mundo, pues el niño dispondrá pronto del órgano de la experiencia y de la poesía: la voz. De ahí que las evocaciones correspondan siempre, en el hombre que vuelve hacia sus comienzos, al período temuquense; nunca, por imposible, a Parral. Porque, además, el contraste de los dos pueblos convierte el corto viaje en una completa emigración. A la zona seca y continental del primero sucede la marca fronteriza de la Araucanía, con su rostro de noches lluviosas, bosques vírgenes y ríos anchos que avanzan, tumultuosos o solemnes, hacia sus estuarios. Toda una naturaleza en combustión, donde la historia comienza a hacerse o, mejor, a rehacerse. No hay huella infantil más obsesiva en la imaginación del poeta que el tren lastrero de su padre, internándose en la noche de Temuco, sonando bajo la lluvia, hendiendo la selva desconocida. El inquietante pasaje de "Infancia y poesía" que Neruda dedica a su padre finaliza así: "Picábamos piedras en Boroa, corazón silvestre de la frontera, escenario de los terribles combates entre españoles y araucanos."²

Digámoslo simplemente, porque es algo capital para la comprensión de la poesía de Neruda: el carácter de Temuco y de toda la zona de Araucanía reactualiza, a comienzos de este siglo, el fenómeno inaugural de la Conquista³. He aquí que el tren que hiende la selva es sólo

* Continuación de un texto anterior, publicado en el N^o 72 de esta misma revista.

¹ "Primer viaje", *Memorial de Isla Negra*, I. (En: OC, Edít. Losada, Bs. As., 3^a edición, 1967), t. II, p. 495.

² OC, t. I, p. 26.

³ El historiador Francisco A. Encina evoca, en un vívido capítulo de su *Historia de Chile* (Editorial Nascimento, t. XVIII, 1951), el comienzo de la actividad económica y de la vida colectiva en la Araucanía. Allí se muestran en todo

una transposición tardía, pero eficaz, que reinstala en esta poesía la vieja marcha del hierro extranjero sobre la patria, el alba violenta de la sociedad. Por eso el material más venerado por el poeta entre sus recuerdos de Temuco serán las cosas de hierro, martillos y llaves inmensas colgando de los almacenes o ferreterías, herramientas amorosamente conservadas por el aparato fotográfico⁴. El metal pionero resulta ser, entonces, la transformación industrial y tecnológica del hierro de los conquistadores. La asociación se produce siempre y, a menudo, accidentalmente, lo que prueba aún más su pertinacia: "Cuando remotamente regreso y en el extraordinario azar de los trenes, como los antepasados sobre las cabalgaduras..."⁵. Es evidente: este regreso remoto que permite el tren es el más remoto que es posible experimentar, pues nos conecta con nuestros orígenes como nación. Pero incluso a veces, por un prodigioso *élan* regresivo, el tren vivamente meditado en la poesía de Neruda comienza a navegar, a flotar y a moverse como en un mar nocturno. Reproduce, entonces, con tremendo anacronismo, la travesía oceánica de las carabelas. Es decir, el más *extraordinario* azar.

De hecho, esta configuración se presenta ya en "Infancia y poesía", en el fragmento cuya conclusión citábamos más arriba. El marco de *vendabales* y *aguas* que magnifica el trabajo ferroviario del padre, la referencia a sus obreros como *tripulación* (término primitivo y preferentemente marino) y el origen social de la cuadrilla que, al provenir de los campos, de los suburbios y de las cárceles, se asocia a la leyenda difundida en torno a los compañeros del descubridor de América: todo ello sitúa la reminiscencia del poeta en el momento de las aguas, pri-

su contraste las excelencias y las limitaciones de método historiográfico de Encina. Mientras su riquísima capacidad descriptiva, casi novelesca, entrega un cuadro irremplazable de esos años (1885-1890), sus premisas explicativas, y por lo tanto, sus conclusiones, necesitan ser corregidas a la luz de las escasas contribuciones parciales que existen sobre el tema. Es de gran utilidad —aunque toca el tema tangencialmente— la obra de Hernán Ramírez Necochea *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891* (Santiago: Editorial Universitaria, 1968).

Interesa subrayar por ahora lo naturalmente que debía surgir, a los ojos de los primeros habitantes de la región sureña, el parangón con los tiempos iniciales en que se fraguaba nuestra nacionalidad. En el capítulo de Encina el paralelo se presenta varias veces. Sólo una: "Todo parecía aún demasiado vecino a los días de Valdivia, de Villagra, de don García y de Quiroga." (Cit., p. 261. También p. 267).

⁴ V. en el libro de Margarita Aguirre cuatro fotos del Temuco viejo tomadas por Neruda. Todavía en un poema tan posterior como "El ciudadano", de *Estravagario*, en que el tema no es otro que el amor del poeta por las ferreterías, se canta: *Y nunca me dejó de envolver / un olor de ferreterías: / me llama como mi provincia, / me aconseja inútiles cosas, / me cubre como la nostalgia. Concluye: Estoy perdido para ustedes. / Yo soy ciudadano profundo, / patriota de ferreterías.*

⁵ "La copa de sangre". (OC, cit., t. II, p. 1054).

mero de acuerdo a la estructura poética del texto bosquejada por su mismo autor. Más aún: el umbral de la evocación enlaza ya con esa fase, pues el lugar donde su padre yace es *uno de los cementerios más lluviosos del mundo*.

Esta constelación imaginaria, tan plena de contenido histórico-social, actuará secreta pero intensamente en *Residencia en la tierra* y será una de las claves menos sorprendidas de su poderosa resonancia. Sin embargo, el despliegue entero y consciente de esta experiencia sólo se producirá en la obra post-residenciaria. Mientras tanto, y habiéndola descrito en forma somera, nos interesa retener como eje de comprensión de la infancia nerudiana la dualidad centro-sur, que equivale al paso de la eternidad a la historia. En otras palabras, en el seno de su misma niñez, el poeta reproduce las etapas de paz y de conflicto sucedidas en su patria, de modo tal que su primera edad será recogida por él como la más cabal expresión de una estructura dialéctica.

De esta verificación es posible desprender una consecuencia de gran alcance para la poesía de Neruda. Nos referimos al particular carácter que tendrá en ella la relación con la naturaleza, relación fundamental en toda la historia del reflejo lírico. En el acercamiento extremo o en la plena identificación con las fuerzas de la naturaleza, es considerable el peso de éstas en la lírica nerudiana. Pero precisamente por su poderoso dinamismo, esta naturaleza nunca será igual ni cumplirá el servicio de refugio lírico que cumple la naturaleza románticamente concebida⁶. El vigor que ella manifiesta, su generosa fecundidad no pueden contra-

⁶ Marx ha mostrado en diversos lugares, y sobre todo en pasajes de los *Manuscritos económico-filosóficos* (1844), la estrecha conexión existente entre el romanticismo y las clases terratenientes que empiezan a ser desposeídas de la tierra por el avance del capitalismo industrial. Tal conexión es visible no sólo en la apología que la novela romántica hace de la Edad Media (Scott, Hugo) y en la correlativa acentuación del principio feudal y del principio católico (Chateaubriand), sino en la patética identificación del sentimiento de la libertad con las efusiones que el paisaje suscita. El alma romántica se expande y se engrandece en los bosques vírgenes (*Atala*) o en la contemplación del valle desde las colinas (*Méditations Poétiques*). El sentimiento de la naturaleza es, entonces, *considerado desde este ángulo*, la forma lírica del sentido de la tierra, cuya expresión corresponde a las castas terratenientes en retroceso. Hay allí la nostalgia imponente de una tierra que desaparecía ante el crecimiento de la ciudad, que se despoblaba de siervos y que caía en la red del capital financiero e industrial. Que se nos entienda bien: la pertenencia a la nobleza de la tierra no *explica* las *Meditaciones Poéticas*. Pero sí hace *comprensible* la génesis social del sentimiento de la tierra natal que expresa allí Lamartine, el mismo Lamartine que historiará más tarde a los Girondinos, representantes, como se sabe, de los propietarios de la tierra en el proceso de la Revolución Francesa y el mismo Lamartine que tendrá una participación tan característica en el alzamiento de febrero de 1848 (V. Marx: *Las luchas de clases en Francia de 1848-1850*. (Obras Escogidas. Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 19, t. I, pp. 147, *passim*).

ponerse en la poesía nerudiana a un desarrollo urbano que no existe. Justamente porque las condiciones objetivas, histórico-sociales, en que se desenvuelve esta poesía son completamente específicas, el tono y el signo que en ella exhibe la naturaleza serán también nuevos, originales, inéditos. En efecto, en la medida en que el pasado es algo vivo, una verdadera presencia de su entorno, el paisaje pasará a ser en su obra una cifra de la historia. Es primero geografía, con lo cual deja de ser inmediatamente una figuración sensible del alma, al modo romántico. Y en cuanto geografía particular, el núcleo histórico de la naturaleza contrastará con la esterilidad de la ciudad, con su subdesarrollo. Poesía nacida en un país subdesarrollado, la de Neruda identificará en la naturaleza de su región las fuerzas creadoras, el dinamismo para un futuro todavía socialmente invisible. En ella se concentra la posibilidad de la historia. De este modo, lejos de ser claustro de paz, remanso intemporal, la naturaleza poseerá en Neruda un coeficiente notable de eficacia. No es lo idílico lo que predomina en ella: es su energía.

No habrá, por lo tanto, discontinuidad entre la naturaleza y la sociedad en esta poesía. La primera será, sólo en sí, no desplegado de la otra. A lo cual contribuye sin duda la experiencia más inmediata del niño, tal como nos la ha revelado mucho más tarde en "Infancia y poesía" y en el primer poema de "Yo soy". El poeta no sólo contempla en su infancia bosques inmensos. Únicamente en relación con este determinante elemento de la madera, puede seguir la caída de los árboles, la acción de los aserraderos, los castillos de madera que orillaban la vía férrea y los múltiples usos de esas tablas: barricas, bodegas y casas, casas sobre todo. En esa sucesión simple y persistente que podía observar cotidianamente, intuye, grabándose, el movimiento de transformación en que consiste el trabajo. La acción y la lógica del trabajo, que se presentan a su vista con toda potencia, penetran profundamente en su poesía, resolviéndose en ella de un modo que no perderá su ligazón genuina con ese saber práctico-material. Por el imprevisto acercamiento que contiene, es significativo este pasaje de "Infancia y Poesía": "Pero los aserraderos *cantaban*. Se acumulaba la madera en las estaciones y de nuevo se oía a madera fresca en los pueblos. Por allá quedan aún *versos míos escritos en las paredes*. Me tentaban porque las tablas eran lisas como el papel, con venas misteriosas." (El subrayado es nuestro).

Se establece aquí una ostensible continuidad entre la actividad práctica que elabora la madera y el acto de escribir poesía. Veremos muy pronto, a través del nacimiento de la poesía en el niño, cómo este hecho

contiene una efectiva y consciente verdad. Por ahora, es ya comprensible que el proceso de transformación es perseguido hasta sus extremos ulteriores, desde el bosque hasta el papel, podríamos decir. Ello también permitirá comprender, en la fase poética de *Residencia en la Tierra*, el desconsuelo que embarga al poeta en su cárcel burocrática al tener que habérselas con un uso degradado del papel. Si no se olvida este noble origen del material de la escritura, origen siempre presente en el espíritu vegetal del poeta, se entenderá mejor la intensidad de su congoja. Por lo demás, no habrá dato más patético en el universo residenciario que una hoja de papel vagando abandonada por las calles. Con ello representa el poeta su visión más desolada del poder corruptor de lo social en el estado presente. Es el bosque humillado en la ciudad triste y pobre: la madera devenida basura.

En el poema "La frontera" (1904), el poeta crea básicamente un cuadro dominado por elementos vegetales. Hay allí, desplegado como un abanico, todo un conjunto de posibles especies de madera. Bosques, galpones, barricas, maderas. Y la estrofa final parece resumir y expresar en toda su fuerza esta imagen de construcción humana a partir de la naturaleza:

Mi infancia recorrió las estaciones: entre
 los rieles, los castillos de madera reciente,
 la casa sin ciudad, apenas protegida
 por reses y manzanos de perfume indecible
 fui yo, delgado niño cuya pálida forma
 se impregnaba de *bosques vacíos y bodegas*.⁷

El poema comienza con una visión de árboles salvajes y la imagen de un gran incendio. Se cierra, en cambio, en los versos recién transcritos, con las formas concretas de la madera, con su producto tangible. Más aún: tal vez es posible ver en la última secuencia dual: *bosques vacíos y bodegas*, una fidedigna percatación del proceso creador del trabajo, que vacía los bosques para levantar, desde esa necesaria negación, nuevas construcciones donde almacenar alimentos para el hombre y reproducir así permanentemente su actividad.

Resumiendo el formidable sentido dialéctico que la poesía de Neruda ofrece en su estadio más maduro se debe a la temprana expe-

⁷ "Yo soy". *Canto General*, XV. (OC, cit., t. I, p. 693). Jaime Giordano se refiere a este poema desde el punto de vista de las relaciones dialécticas entre subjetividad y objetividad. Sus análisis han pasado inadvertidos a la mayoría de la crítica.

riencia de algo históricamente inaugural y a la posibilidad que el niño tuvo de admirar, en su despliegue total y de un modo espontáneo y cotidiano, las formas de manifestación del trabajo humano. Praxis histórica y praxis material, siempre interdependientes, colaboran activamente en potenciar desde la infancia del poeta su conciencia de la creatividad social y de la negación como determinación necesaria del movimiento creador.

Hay que insistir en este hecho: la infancia de Neruda no transcurre en el campo ni en ninguna ciudad. Esta contradicción, tan fundamental para el desarrollo social y especialmente en el período capitalista, no se presenta todavía en el medio que rodea al poeta cuando niño. Lo ha dicho él mismo, en un texto recién citado: es *la casa sin ciudad*. O, con un lenguaje más familiar en "Infancia y poesía", habla del carácter de campamento que poseía el Temuco de sus primeros años. Campamento: es curioso que un importante historiador chileno emplee la misma expresión para referirse a la más primitiva fase de formación de nuestra sociedad.⁸ Campamento: es decir, la energía fundadora, la avanzada para la ciudad futura, el nacimiento concreto e inestable de ésta. Esto determina que Temuco no sea en esos años ni pueda ser provincia. Casi nunca habrá en Neruda, por lo tanto, y sólo por excepción en algunos momentos adolescentes, esa nostalgia complaciente por la paz provinciana, tan cara, por ejemplo, a poetas como Rafael López Velarde, o a autores menores, como Daniel de la Vega en Chile. Por el contrario. Estará siempre en los antípodas de esa poesía del subdesarrollo, cultivada en extremo por el post-modernismo más tardío de América Hispana. Y complementariamente, Santiago no expresará nunca la urbe o la capital. Más tarde la llamará con toda nitidez *contraciudad*.⁹

Temuco pertenece, a fines del siglo XIX y a comienzos del XX, a una de las zonas más progresistas del país. Entre un norte económicamente desnacionalizado por la entrega del salitre al capital inglés y el extremo austral enajenado de la soberanía chilena durante el gobierno de Santa María, Temuco se yergue en medio de una región donde la energía nacional se concentra con mayor tenacidad. Se trata, en realidad, del proceso general que incorporó a la vida unitaria del país a todo el sur de Chile, desde el Bío-Bío hasta la provincia de Llanquihue. Este proceso comienza a mediados del siglo pasado con la colonización alemana de Valdivia y las provincias vecinas, hecho que podemos conocer

⁸ Francisco A. Encina, *Evolución social, económica y política: los primeros pasos (1541-1577)* (Santiago: Nascimento, 3ª ed., 1949, t. I).

⁹ "Contraciudad", poemas de *Estravagario* (OC, t. II, p. 162).

vívidamente a través de las páginas clásicas de *Recuerdos del Pasado*, de Vicente Pérez Robles. Este primer factor de vitalización demográfica y económica es seguido muy pronto, con métodos completamente opuestos, por la larga y azarosa penetración en la Araucanía.¹⁰ Esta acción comienza oficialmente en 1859 —con el Decreto Supremo del 17 de setiembre de ese año—, sigue en 1868 con las leyes dictadas para inmovilizar a los araucanos en “reducciones”, continúa con las cruentas campañas militares dirigidas por Cornelio Saavedra y Gregorio Urrutia, culmina en 1882 con la fundación de Temuco y en 1887 con la creación de las nuevas provincias de Malleco y Cautín, prosiguiéndose todavía a través de un accidentado proceso de colonización que durará hasta bien entrado el siglo actual. Todo esto da lugar a uno de los episodios menos dilucidados en nuestra historia nacional.¹¹ El brutal despojo a que se sometió a los indígenas, con la ocupación militar primero y con diversos arbitrios legislativos más tarde; la entrega de tierras a colonos nacionales, provenientes en su mayoría de las tropas que regresaban del Perú, y a inmigrantes extranjeros, que se establecen en la región desde setiembre de 1883; la expropiación de tierras que sufrieron los primitivos colonos, de parte de los intereses latifundistas: tales parecen ser las fases más salientes de este importante y complejo acontecimiento. El imperio de la violencia confiere a este período, como muchas veces se ha repetido, una fisonomía de criollo Far West.¹² En efecto, la violencia bélica contra los indios —violencia legalizada— da paso muy luego a la violencia ilegal de cuarterismo, representado por los colonos expoliados, que sólo compiten, sin imitar jamás, con el encarnizamiento de las fuerzas de la ley. Esa misma expropiación de tierras desencadena éxodos masivos de trabajadores chilenos, que abandonan el país en busca de otros lugares donde poder laborar. Es el caso de los emigrados a Neuquén. Es fácil, de este modo, advertir el ingente fenómeno de marginación que resulta del progreso económico nacional en la región de La Frontera. Aunque chileno, ese progreso va contra Chile. Expulsa a los indios a las “reducciones”,

¹⁰ El mismo Pérez Rosales señala el nexo que hay entre la colonización de la cual él fue agente y la política gubernamental para encarar el problema de la Araucanía, al referirse a las instrucciones del Ministro Urmeneta destinadas a “tomar medidas prudenciales para la traslación de los inmigrados (en Valdivia) al territorio de Arauco.” (*Recuerdos del Pasado*, 4ª ed., 1929, p. 436).

¹¹ La mejor bibliografía sigue siendo la más antigua: el informe entregado por Cornelio Saavedra al Congreso Nacional (1870), el clásico libro de Horacio Lara (*Crónica de la Araucanía*, Santiago, Imprenta de “El Progreso”, 1889, 2 ts.) y el olvidado ensayo de Nicolás Palacio, *Raza Chilena* (1904; 2ª ed. Edit. Chilena, 2 ts., 1918).

¹² “Infancia y Poesía”, OC, t. I, p. 29.

reduce a los colonos a la ilegalidad, empuja a sus propios habitantes hacia fuera. La reducción de la Araucanía es una reducción de Chile, de sus fuerzas humanas y sociales. He aquí los necesarios productos de este avance: segregación racial, destierro colectivo, criminalidad. La emigración hacia Argentina realizada por gente del mismo país que contrata inmigrantes en Europa no es sino la paradoja más impresionante de esa creciente y todopoderosa irracionalidad. Es éste el fondo amargo que conlleva inevitablemente toda manifestación capitalista.

Pues, efectivamente, el contexto amplio en que se enmarcan todos estos hechos es en la entrada y desarrollo del capitalismo agrícola en el sur de Chile. La conciencia política de este fenómeno estaba ya expresada en el lema de un representante de la administración Santa María: *industrializar* el campo.¹³ La guerra del Pacífico había creado las condiciones de mercado interno aptas para justificar los intentos de apropiación de las tierras sureñas y los esfuerzos consecuentes para intensificar la producción agro-pecuaria. La introducción de la maquinaria agrícola pone el fundamento tecnológico que faltaba, confirmando al latifundio austral una fisonomía que contrasta con el panorama de retraso ofrecido por el resto del territorio agrario nacional. La figura de José Bunster encarna cabalmente el *espíritu* que caracteriza al capitalista de la tierra. Elogiado por Encina como hombre de energía y de gran audacia económica, su aureola sucumbe cuando se conocen las turbias manipulaciones en que cimentó la empresa con que hizo su fortuna.¹⁴

¹³ Memoria de 1886 del Ministro Pérez de Arce. En: Francisco A. Encina, cit., t. XVIII, pp. 343 ss.

¹⁴ Gracias a mi amigo Juan G. Araya, profesor del Liceo de Angol, he podido consultar la "Memoria de prueba" de Bernardo Arévalo. Estimulada por Hernán Ramírez Necochea, esta tesis, todavía en curso de redacción, suministra antecedentes muy esclarecedores sobre el problema de la propiedad de la tierra en la Nueva Araucanía y, en general, sobre toda esa época en el sur de Chile. Contiene investigaciones hechas en fuentes de primera mano, cuales son las escrituras de venta o cesión de terrenos en archivos notariales de Angol, Traiguén y Los Angeles principalmente; revisa además las páginas de *El Colono*, diario publicado en Angol a fines del siglo pasado. Se logra así una reconstitución fidedigna y documental de muchos aspectos de esa tragedia colectiva. Resumen a continuación las ideas más importantes:

1) Se comprueba fehacientemente el divorcio que existe entre las leyes y decretos dictados en la capital y las abusivas prácticas de La Frontera. Cada ley tiene su contravención en las formas de rapiña de la tierra. Los primeros son los militares. A los casos *respetables* de Bulnes y de Cruz —y al tan conocido de Cornelio Saavedra— se añade la figura de Pedro Lagos: "Fue un destacado jefe militar que tuvo, al mismo tiempo, según se desprende de documentos, relaciones de tipo comercial con los indios aún no pacificados. Practicó el préstamo de distintas especies, incluso el licor y la entrega de animales en medias. Es imposible que esto obedeciera a una táctica de pacificación autorizada por el Gobierno." (Cap. I, p. 9, en paginación provisional). La escritura del 24 de julio

El puente Malleco, que Neruda menciona ocasionalmente en "Infancia y Poesía", es el símbolo visible de esta explotación del sur, el brazo de hierro que el centro administrativo de la nación tiende, en sacrosanta alianza económica, al latifundio medio-austral. Hay que imaginar

de 1867, dada en Los Angeles ante el Intendente don Basilio Urrutia, muestra a las claras una prodigiosa alquimia: algunos licores y una vaca, beneficiada por necesidad por el indígena Juan Huanquimilla, se trasmutan, con la bendición de la ley, en tierras hipotecadas en favor del hijo de Pedro Lagos.

No menos voraces son los sacerdotes. El presbítero Marcos Rebolledo recibe en hipoteca, por razón de un préstamo de 1 600 pesos hecho a varios indígenas, un terreno del Departamento de Nacimiento *como de 2 000 cuadras* (Escritura del 30 de agosto de 1862, dada en Los Angeles). Y, por supuesto, no van a la zaga civiles como Rafael Anguita y Martín Bunster, que se apoderan de terrenos que *no exceden de 1 000 cuadras* (Escrituras del 5 y 6 de marzo de 1857 y del 8 de febrero de 1867, todas de Los Angeles).

2) La guerra contra el indígena fue una guerra de *exterminación total* (Cap. II, pp. 32-34). La maquinaria agrícola introducida en la zona convertía al indio en una raza sobrante. Escribe el autor: "Los indios no tenían significación económica alguna en la Nueva Araucanía. Su presencia, incluso, entorpecía la buena marcha de esta naciente zona y la oportunidad de exterminarlos aprovechando la existencia del ejército regular era demasiado tentadora para no desperdiciarla".

3) Un gran contraste surge entre la estructura económica de esta zona y el trabajo de la tierra en la parte central de Chile. Ejemplo de que en la Araucanía se estaba gestando una realidad económico-social distinta a la tradicional, lo da el grado de desarrollo alcanzado en breve tiempo por la zona de Traiguén y sus alrededores. Aquí vemos una clase social que, aunque afirmando sus bienes en la tierra, no quería hacer de ella, tanto por la forma de la propiedad como por los métodos de explotación, una copia de las haciendas de Chile central. La nueva mentalidad domina, y así aparecen centros agrícola-industriales de real importancia y sin vinculación con la aristocracia semifeudal. Desgraciadamente, los años unieron los intereses de estos dos grupos antagónicos y la fuerza renovadora de la burguesía cesó antes de realizarse plenamente, para desdicha de estas comarcas que hoy languidecen en una actividad meramente agrícola y utilizando medios en general más rústicos que los de la época de 1880. En un artículo escrito en 1889 se describe la forma en que se desarrollaban las actividades económicas de la Araucanía: "El pintoresco Angol con sus fábricas de cerveza, su fundición y sus molinos, rodeados de campos de cultivo y de crianza, no es más que el anuncio del sorprendente Traiguén, esa ciudad de ayer, esa Chicago de Chile, que cuenta ya con 12 000 habitantes y que, en todo su circuito, en no menos de 6 a 7 leguas de faja, luce los campos más bien cultivados de Chile. ¿Qué sorpresa no causará encontrarse en el corazón de la Araucanía con una ciudad improvisada pero de sólido porvenir, y saber al mismo tiempo que en los campos de Traiguén se emplea quizá más maquinaria agrícola, o tanta, como en todo el resto del país, desde los campos de Santiago al sur? Collipulli, por otro lado, con sus 9 000 habitantes y su increíble progreso comercial e industrial, domina una parte de la tierra habitada hasta hace poco por valerosas tribus. La industria de maderas ha alcanzado allí proporciones colosales, a tal punto que la producción de las vecinas montañas se calcula para este año en no menos de tres millones de tablas.

El torrencioso Malleco, que pronto estará cruzado por un puente gigantesco, mueve con sus afluentes enormes molinos, superiores a los mejores de las provincias del Norte y la agricultura provee a su mantenimiento por medio de rápidos progresos y contantes labores." ("Las grandes industrias del sur de Chile". *El Colono*, N° 591, del 18 de julio de 1889).

lo que debió significar en su tiempo, dentro de un país desprovisto de fisonomía metálica y en regiones totalmente huérfanas de construcciones industriales, esa admirable obra de ingeniería concebida en los talleres de Le Creusot. El tren corría sobre él —transporte de los nuevos conquistadores. No está demás recordar que el fomento de los ferrocarriles llega a ser en Chile un verdadero pathos gubernamental, justamente a causa de la pacificación de la Araucanía. Lo mismo que en la India bajo la dominación británica, lo mismo que en el Oeste de Estados Unidos, no es aquí el tren solamente el transporte capitalista por antonomasia, en la fase industrial de este régimen de producción: él mismo transporta al capitalismo. Vale la pena reproducir el anhelo profundo de Santa María, expresado en una carta a Francisco Valdés Vergara: "Mi delirio, al presente, es el ferrocarril de la Araucanía. No más salvajes en nuestro territorio."¹⁵ De paso, aprendemos que la ideología justificadora de la acción contra los indígenas es la misma que años antes había originado la cruzada sarmientina contra los aborígenes del país vecino: la civilización contra la barbarie.¹⁶ Un poco más tarde, José Manuel Balmaceda, que centró gran parte de su colosal programa de obras públicas en la construcción de caminos, puentes y nuevas instalaciones ferroviarias, hace la apología de la locomotora como elemento fundamental para la aceleración del progreso económico de la nación: "Así como las aguas fecundan la campiña árida y seca y la vuelven risueña y la cubren de mieses, así la locomotora y sus carros de acero abren en el valle y en la montaña el surco donde germina el trabajo, se acrecientan los productos, se derrama el capital y se agita la población que vive con el sudor de su frente."¹⁷

Es triste leer los datos anteriores y compararlos con la realidad actual. A 80 años, ninguna de las ciudades mencionadas puede pretender competir ni en número de habitantes ni en actividad industrial con el desarrollo que poseían en el siglo pasado. Sólo mencionaremos a modo de ejemplo que el pueblo de Collipulli escasamente debe contar con 5 000 habitantes y con apenas una industria, herencia del siglo anterior: un molino de cierta importancia" (pp. 42-43).

4) Se traza, sin descuidar su complejidad, el cuadro contradictorio de la colonización nacional y de la inmigración extranjera. La exigua y dudosa justificación ideológica, el fracaso de la colonia chilena de Nacimiento, las características de la colonia *La nueva Italia*, la irresponsabilidad de las agencias chilenas de inmigración, las dramáticas alternativas del éxodo hacia Argentina con sus falaces intentos de repatriación, son todos aspectos que la contribución de Arévalo analiza con valiosos resultados.

¹⁵ Carta del 6 de noviembre de 1883. En: Encina, cit., t. XVIII, p. 260.

¹⁶ A este propósito, v. el libro clásico de Ezequiel Martínez Estrada, *Radio-grafía de la Pampa* (1943). Son particularmente notables los análisis de la función desnacionalizadora del tren (válidos, sobre todo, para la historia económica argentina) y la crítica de la dualidad sarmientina arriba aludida. (Edit. Losada, 5ª ed., 1961, pp. 62 ss y 341 ss).

¹⁷ En Hernán Ramírez N., cit., p. 160. Discurso pronunciado por Balmaceda

De todos estos hechos se puede concluir que, mediante el trabajo ferroviario de su padre, el niño Neruda enlaza con uno de los aspectos más dinámicos de la base material del país a comienzos de siglo. No permite, por lo tanto, esta persistente imagen del tren en la obra nerudiana una reducción sicoanalítica, como la que ensaya el crítico E. Rodríguez Monegal. Después de transcribir un poema de *Memorial de Isla Negra*, el citado crítico comenta: "Mi 'pobre padre duro' acabará por confundirse con el tren, con su aullido, con el viento y la lluvia, con la voz hostil. El niño se hace un refugio en el seno de la Madre, o se inventa un paraíso perdido en el bosque donde descubré a los maravillosos coleópteros, los pájaros, los huevos de perdiz."¹⁸ La observación aparece trazada demasiado esquemáticamente para ser cierta. Es fácil crear estas escenas adamitas, con trasfondo de vocabulario jungiano y con una polarización antitética, no dialéctica, de los principios paterno y materno. Ya en sus obras anteriores a *La interpretación de los sueños* (1899), libro en que el Edipo recibe su primera y clásica formulación, insiste Freud en el trabajo largo y paciente que el investigador debe desarrollar para la determinación de los traumas de infancia que están en el origen de las neurosis. Se trata, como lo condensa en una metáfora que le es grata y que reitera con frecuencia, de una verdadera *arqueología* de la conciencia.¹⁹ Desde este simple punto de vista, por lo tanto, es completamente frívolo despachar todo un núcleo decisivo de experiencia en unas cuantas frases. Con ello la crítica se rebaja, en otro plano, al nivel de la periodística dominante en nuestra época.

En otra parte de su libro siempre documentado y valioso en muchos puntos, pero falto de real vuelo para acercarse a la grandeza lírica de Neruda —postula el crítico uruguayo: "De ese terror y ese desafío a la figura paterna, de esa rebeldía y de esa convicción en la fatalidad de su destino, nace Pablo Neruda, el poeta. Su padre fue su primer crítico y marcó para siempre la relación del muchacho, del joven, del hombre, con futuros críticos."²⁰ Se establece nuevamente una oposición excluyente: poesía y crítica, y se identifica a la segunda con la figura del padre, sobre la base de una anécdota infantil. En realidad, un

el 6 de enero de 1889, al iniciarse los trabajos del ferrocarril de Pelequén a Peumo.

¹⁸ *El viajero inmóvil. Introducción a Pablo Neruda*. Edit. Losada, 1966, p. 29.

¹⁹ *Estudios sobre la histeria* (1895) y *Primeras aportaciones a la teoría de las neurosis* (1892-1899). En: *Obras Completas*. Trad. de Luis López-Ballesteros. Edit. Biblioteca Nueva. Madrid, 1948, t. I, pp. 121 ss y 131 ss. En la primera obra surge la noción en conexión con los supuestos teóricos del método catártico. Uno de ellos consiste en la estratificación del material síquico. En la obra siguiente, el supuesto provoca una detenida comparación con la labor arqueológica.

²⁰ Cit., p. 34.

mínimo acercamiento a la manera efectiva en que el propio poeta ve la génesis de su poesía en su relación familiar, hace insostenible tal esquematización. Todo es allí real bivalencia efectiva y no determinación unilateral en el sentido de los pro y los contra familiares. Si hay algo que el psicoanálisis haya enfatizado es, precisamente, la coexistencia de sentimientos antagónicos en la sique, la presencia simultánea del amor y del odio, de la crítica y de admiración. Por ejemplo, un hecho que Rodríguez Monegal trae a cuenta para comprobar su idea de la tensa pugna del joven poeta contra el padre, el que Neruda utilice en Santiago la capa ferroviaria de su padre, es algo en sí completamente ambiguo. Ese hecho es de la misma índole que otro contado por Neruda en "Infancia y Poesía", al cual ya aludimos, y que consiste en la transformación imaginativa a que Neruda somete en su recuerdo el sombrero de hule verde paterno. El uso poético de un objeto paterno no es sola ni preferentemente, en este caso, lucha contra la imagen del padre: es también, y quizá fundamentalmente, instalación de la fantasía a partir del principio viril.

Es cierto que el poeta establece el fondo materno de su poesía en la forma de una presunción inverificable, pero emocionalmente evidente: "Allí había un retrato de mi madre, muerta en Parral, poco después de que yo nací. Era una señora vestida de negro, delgada y pensativa. Me han dicho que escribía versos, pero nunca he visto nada de ella, sino aquel hermoso retrato."²¹ Ausencia, lejanía, muerte, son aquí el territorio doloroso de donde se sospecha que viene el canto. Con este sentimiento de su poesía como herencia materna, el poeta extiende los orígenes de su voz hasta raíces activas y nutricias, hasta el principio de lo permanente.

Pero en el mismo texto Neruda ha contado el gozo que lo invadía cuando niño al ser transportado por su padre al interior de la selva, en busca de piedras para el tren lastrero. *Picábamos piedras en Boroa* —subraya con una fórmula que intensifica la conjunción del esfuerzo. Ahora bien, en un poema de *Memorial de Isla Negra*, que lleva el significativo título de "Pampoésia", nos trae esta misma imagen como constitutiva de su hacer poético:

El primer sello es condición oscura,
grave embriaguez con una copa de agua, (...)
ir picando una piedra que nos pesa,
ir disolviendo el mineral del alma

²¹ "Infancia y Poesía". OC, p. 28.

hasta que tú eres el que está leyendo,
 hasta que el agua canta por tu boca.²²

Es decir, el gesto trabajador de su padre ha quedado incorporado definitivamente en su praxis lírica. Porque es esto efectivamente lo que significa el principio viril instalado en el origen de una poesía así concebida: el momento de la praxis, del trabajo que modifica y transfigura la naturaleza. Ya veremos, cómo, desde *Crepusculario* y a partir de la fuerte conciencia de la vaciedad de sus manos, acuciará al poeta la búsqueda de un destino activo que dar a su poesía. Esta productividad se expresa parcialmente en "Pamposía" como energía que trae la totalidad de las fuerzas del alma a su manifestación en canto y lenguaje. Pero en el paso de la gravedad a lo cristalino, del mineral al agua, no hay nada milagroso, ninguna inspiración ni creación instantánea: hay un lento trabajo concebido a imagen y diferencia con la actividad del padre conocida cuando niño. Sobre este punto tendremos que volver extensamente más tarde. Por ahora nos importaba impedir la formación de una banal leyenda psicoanalítica, exenta de todo fundamento serio.

El descubrimiento de la poesía recordado en la conferencia de 1954 recorre varios momentos, que pueden aunarse así: el momento de la naturaleza, el momento de la escritura y el momento de las lecturas.

El primer momento está condensado en la fugaz contemplación que le cabe al niño de un misterioso insecto, el coleóptero del coigüe y de la luna. Es harto visible cómo esta aparición viene preparada en el texto mismo. Todos los objetos tienen inicialmente un relumbre negro: los huevos de la perdiz y las madres de la culebra: "Era milagroso encontrarlos en las quebradas, empavonados, oscuros y relucientes, con un color parecido al del cañón de una escopeta. Me asombraba la perfección de los insectos. Recogía las madres de la culebra. Con este nombre extravagante se designa al mayor coleóptero, negro, bruñido y fuerte, al titán de los insectos de Chile."²³ Este espacio en que el negro bri-

²² *La luna en el laberinto*, de *Memorial de Isla Negra*. OC, t II, p. 531.

²³ Obsérvese, de paso, cómo está aquí en cierne tanto la posibilidad del reflejo científico como la del artístico. Este asombro nerudiano puede, en sí mismo, hacer viable una contemplación minuciosa y analítica o una incorporación emocional e íntima de lo contemplado. Evidentemente será el segundo el camino elegido por Neruda. Pero ya se visualiza un interés por la naturaleza que más tarde aparecerá en el modo de su curiosidad botánica, de sus lecturas y conocimientos oceanográficos y en la sostenida observación del vuelo de los pájaros. Por supuesto, serán aspectos de su actividad siempre subordinados a un objetivo poético y que no alcanzarán la plena independencia que tienen en Goethe, por ejemplo.

lante es el color que domina deja paso luego a unas chispas blancas, que anuncian ya, en su excluyente contrariedad, la eclosión magnífica del color que instaurará inmediatamente el coleóptero. Se gira y se oscila, entonces, entre lo negro y lo blanco: "Había uno que se llamaba Monge. Según mi padre, el más peligroso cuchillero... Tenía dos grandes líneas en su cara *morena*. Una era la cicatriz vertical de un cuchillazo y la otra su sonrisa *blanca*, horizontal, llena de simpatía y de picardía. Este Monge me traía copihues *blancos*, *arañas peludas*, crías de torcazas, y una vez descubrió para mí lo más deslumbrante, el coleóptero del coigüe y de la luna." El movimiento evocativo posee aquí un aliento esencialmente configurador. El episodio se pone de relieve, se vincula y se separa al mismo tiempo, gracias al personaje legendario del palanquero. La exploración, la búsqueda del tesoro queda mágicamente individualizada en ese genio benéfico y popular. Entonces sobreviene el descubrimiento: "No sé si ustedes lo han visto alguna vez. Yo sólo lo vi en aquella ocasión, porque era un relámpago vestido de arco-iris. El rojo y el violeta y el verde y el amarillo deslumbraban en su caparazón y como un relámpago se me escapó de las manos y se volvió a la selva. Ya no estaba Monge para que me lo cazara. Pero nunca me he recobrado de aquella aparición deslumbrante." El despliegue del color, en el cual se manifiesta para el niño la riqueza poética de lo sensible, adquiere ya en este momento una concreta encarnación. Frente a la eterna blancura entrevista en Parral, frente a la refrangibilidad interminable de los colores que observamos en "Las anclas", un objeto vivo concentra ahora los valores cromáticos, ofrecidos como presencia de una infancia poéticamente experimentada.

Vale la pena recalcar la naturaleza de estos colores que deslumbran al niño. El insecto, por su vuelo y su caparazón, tiene algo de arco-iris, pero es, sí, un arco-iris singular, concretísimo. Con esto se extrema la tendencia que antes asignábamos al cromatismo nerudiano, en el sentido de no considerar los colores como cualidades irreductibles. Este platonismo del color, tan formidablemente expresado en la obra de Darío, es ajeno a Neruda. Para él los colores son reflejos materiales de la luz, y no participación sensible de un arco-iris arquetípico. Esto contribuirá a no hacer de su mundo cromático un universo polarizado, como en la poesía dariana, sino la exacta representación de las superficies potenciadas por la luz. A eso debe añadirse el peculiar nombre del insecto —¿creación del poeta?— que lo muestra como algo escogido especialmente para el episodio, en cuanto reúne lo arbóreo y lo celeste, la tierra y las alturas. O sea, el papel que en "Las anclas" pte-

neceía a la luz que se desplazaba a través del Todo, corresponde ahora al objeto que encarna en sí mismo el poder de la poesía y que, por tanto, coincide con la definición inicial de ella dada: *puro producto, alimentos terrestres o celestes, poesía...* Y en "Pampoesía", poema ya citado, ella es vista a la vez como *estrellado patrimonio y terrenal herencia*. Es, dicho sintéticamente, *la luz lunar y la secreta espiga*. Cubre, es claro, el círculo de la totalidad. Lo cual justifica, por lo demás, el nombre de ese notable poema, nombre en tantos sentidos sugestivo.

Pero tal vez la lección más esencial que aporta el fragmento transcrito es el fondo misterioso de donde surge la poesía. Fugaz como un relámpago, el insecto vuelve a la selva. Queda sólo su recuerdo deslumbrante, de quien es poseedor el poeta. Y el misterio se consagra con la muerte de quien lo encontró, el obrero ferroviario. Rodeado de sombras, de las sombras de la muerte y de la selva, nadie sino el poeta conserva el testimonio de la luz. Pero hay algo decisivo: el misterio no es sentido con disposición nostálgica. No es el hecho de la pérdida lo que se acentúa ni el sentimiento de lo irrecuperable; más bien su activa presencia, su honda resonancia en la memoria del alma.

Es correlativo con este episodio el del cisne moribundo, que casi cierra los recuerdos de Neruda. Es un cisne del lago Budi, que el poeta cuidó y salvó, impidiendo por algunos días que muriera. El color de su plumaje y de su cuello, el color de su pico y de sus ojos hacen de él una metamorfosis más de aquella constante cromatización de su infancia temuquense. Nueva individualización de la naturaleza de esa zona, el cisne contiene, sin embargo, algunas notas esenciales que el poeta ha desarrollado en el curso de sus páginas. Es un símbolo de una tradición poética, chilena y universal. Sin dejar de ser ave real y soberana, es también efigie de la actividad lírica. Al mismo tiempo, en cuanto víctima de la persecución por parte de cazadores ribereños, comparte el destino cruel de los habitantes de la región. Sus dos alas apuntan, por tanto, una hacia la cultura poética ya cristalizada y otra hacia la historia violenta de esos lugares.

Pero la distancia cualitativa que va del primer episodio hasta el presente del cisne es palmaria también en otro sentido, el de la intervención del poeta en ellos. No es ya el niño un mero contemplador de un objeto fugaz. Protege al ave y establece con ella un trato cotidiano, que busca modificar el curso de las cosas. Aunque el cisne muera en definitiva, hubo un contacto sostenido, un roce vivo con ese objeto de la poesía, que convierte al poeta en verdadero sujeto. Lo que antes fue huella efímera de los ojos, se convierte ahora, en el caso del cisne, en algo que muere *a la altura de mi pecho*.

Entre estos dos episodios que son como reflejos extremos, se desenvuelven los otros momentos de la escritura y de las lecturas infantiles. Interesa aquí acentuar su continuidad de fondo y el firme enlace que imponen con el momento natural de la poesía.

Ya hemos recordado, más arriba, un curioso pasaje en que Neruda cuenta que los primeros versos los escribió en la superficie, para él palpitante, de unas tablas de pared. La selva reaparece ahora en las voraces lecturas del niño: "Para mí los libros fueron como la misma selva en que me perdía, en que continuaba perdiéndome. Eran otras flores deslumbradoras, otros altos follajes sombríos, misterioso silencio, sonidos celestiales, pero también la vida de los hombres más allá de los cerros, más allá de los helechos, más allá de la lluvia."

Todos estos momentos resultan perfectamente condensados en la figura tutelar de Gabriela Mistral, que el estudiante Neftalí Reyes tiene oportunidad de conocer cuando cursa los últimos años del Liceo. Por su fama ya creciente, representa y encarna la Mistral a la individualidad artística, a la escritora que ha publicado y comienza a recibir el reconocimiento de sus compatriotas. Es también esa altiva profesora la que suele prestarle libros al adolescente, aumentando su horizonte literario especialmente con los nombres de la literatura rusa. Y aún más: al redescubrir en ella el rostro del palanquero muerto, Monge, retoma la experiencia de la iniciación de la belleza poética: "Gabriela tenía una sonrisa ancha y blanca en su rostro moreno por la sangre y la intemperie. Reconocí su cara. Era la misma del palanquero Monge, sólo le faltaban las cicatrices. Era la misma sonrisa entre pícara y fraternal y los ojos que se fruncían, picados por la nieve o la luz de la pampa."

* * *

El alcance de un texto como "Infancia y Poesía" no se agota en estos aspectos que nuestro análisis ha intentado poner de relieve. Hay tal grado de verdad en estas páginas que muy pocas otras evocaciones pueden competir con ella en cantidad y profundidad de aprehensión. La doble ley en que reposa su contenido, y que hemos tratado de mostrar en nuestras consideraciones, es la que otorga a esta prosa su excepcional significación. En efecto, pese a su intensa radicación en la experiencia subjetiva del poeta, se da también en ella una decidida vuelta a la realidad; la cual resulta contemplada con toda serenidad, en la riqueza de su despliegue, a la luz de las fuerzas sociales motrices que encauzan la existencia de los hombres.

De ahí que se imponga en estas líneas nerudianas un afán totalizador, nunca rígido en el plano conceptual, pero sí flexiblemente subordinado al decurso evocador. En el punto que más resalta esta voluntad de percepción global es, sin duda, en las referencias a Chile como proceso histórico y como entidad geográfica.

Con bastante amplitud nos hemos referido ya a la exaltación que determinadas fases de nuestro desarrollo histórico-social cobran en la perspectiva nerudiana. La más significativa es, tal vez, la reactualización que experimenta, gracias al contorno regional del poeta, el primitivo encuentro de dos colectividades en el momento de la Conquista. La continua presencia del paradigma centáurico en sus evocaciones más señaladas —“La copa de sangre”, “Infancia y Poesía”— aseguran desde otro ángulo lo persistentemente que actúa sobre su espíritu ese núcleo de nuestra historia. Aquí mismo, en “Infancia y Poesía”, hay un pasaje que tiene una resonancia que sobrepasa la simple anécdota. Hay que escuchar estas frases en la proyección, tan alusiva, del nombre de los potros, en la efervescencia de lucha que visualiza, con el temblor de las pezuñas y los hocicos espumantes de las bestias; en la dimensión casi titánica que alcanza el recuerdo de esa fiesta; en su soplo épico:

Los centauros tenían su fiesta, la verdadera fiesta de los centauros: las topeaduras. Cuando los potros iban haciéndose notorios por sus fuerzas, se comenzaba a conversar primero y poco a poco iba perfilándose el torneo. Fue famoso el encuentro de “El Trueno” y “El Cóndor”, uno negro y el otro gris, dos potros colosales. Hasta que llegaron a la vara.

Pero habían bajado los hombres, los jinetes de todas partes, de Cholchol y Curacautín, de Pitrufrquén y Gorbea, de Loncoche y Lautaro, de Quepe, de Quitratúe, de Labranza, de Boroa y de Carahue. Y ahí los centauros, fuerza contra fuerza, se trataban de arrollar o de pasar primero por la vara. Los potros tititaban de las pezuñas hasta los hocicos llenos de espuma. Eran mortales esos minutos en que no se movían. Después era “El Trueno” o “El Cóndor” el victorioso y veíamos pasar al héroe con sus grandes espuelas relumbrantes sobre el potro mojado.

Presente y pasado, visión actual y momento de la fundación se unen indisolublemente en la conciencia de los primeros años de Neruda. Por eso uno de los vacíos más fecundos en la existencia colectiva de La Frontera será la ausencia completa de peso colonial. Su lentitud larvaria,

la densa sedimentación que se propaga en la vida cotidiana de los lugares nacidos en los comienzos de nuestra historia, su aspecto general de comunidad cerrada, lo opaco de su tempo social: todas ellas son determinaciones que no existen para ese Temuco de los albores del siglo. Lo escribe expresamente Neruda: "Estas gentes de las casas de tabla tienen otra manera de pensar y sentir que las del centro de Chile. En cierta forma se parecen a la gente del Norte grande, de los desamparados arenales. Pero no es lo mismo haber nacido en una casa de adobes que en una casa recién salida del bosque. En estas casas no había nacido nadie antes. Los cementerios eran frescos. Por eso aquí no había poesía escrita ni religión."

Este aspecto fresco, esta apariencia nueva de la vida en esos lugares subraya todavía más su falta de carácter provinciano. Si la provincia no es una pura noción geográfica —lo que está a distancia física del centro administrativo de la nación— y se la concibe, por el contrario, como un hecho sociológico producto de la historia y caracterizado por concretas relaciones económicas de dependencia, tendremos que la rigidez colonial es en ella un fenómeno de base. En un pasaje de sus *Memorias* publicadas en *O cruzeiro* todavía insiste: "Las casas de adobe, las ciudades con pasado, me parecían llenas de telarañas y de silencio".

Es esencial que Neruda escoja como determinación básica de la herencia colonial la religión. La ciega inmovilidad, la detención histórica que resaltan en las aldeas provincianas de Chile coexisten con una religiosidad degradada en rutina, en hábito hueró y deformado. ¡Y Chile es, sin duda, uno de los países menos católicos de la América Hispana! Por eso, la ausencia de tono religioso en el pueblo de su niñez hace comprensible, en gran medida, la ninguna relación personal que el poeta y su poesía mantendrán más tarde con el dogma y las prácticas del catolicismo. En otra parte hemos llamado a Neruda poeta post-cristiano, conscientes de exagerar la formulación de una verdad que es, en sí, plenamente constatable. No hay en Neruda ni la intensa profundización en la memoria de símbolos cristianos, como en el caso de Mistral, ni el conflictivo y desgarrado pathos huidobriano en pos de una imposible liberación espiritual. Tampoco el tono violento y blasfemo que exhibe frecuentemente De Rokha o la apaciguada lirización de un sentimiento primariamente religioso, como ocurre en las primeras obras de Angel Cruchaga. La poesía nerudiana nace más allá del catolicismo, fuera de su órbita cultural. El ateísmo no existe ni ha existido nunca en Neruda, si por él entendemos lo que Marx llamaba "el último grado

del *teísmo*, el reconocimiento *negativo* de Dios."²⁴ Por eso, su posterior condenación de las formas idolátricas de enajenación en Oriente, del papel de la Iglesia en la guerra civil española o de la subordinación de los ideales cristianos al interés económico en la conquista de América, será un enjuiciamiento libremente crítico, apasionado en la medida en que brota de una actitud de indignación moral o de una concepción del mundo para la que esos comportamientos se revelan como deformación de esenciales potencialidades humanas.

Una aclaración se impone, sin embargo, en virtud de lo mismo que decimos: que la poesía de Neruda esté desprovista de un sentimiento colonial de la existencia, tan vigente en nuestra literatura, o de formas de conciencia religiosa, no implica de ningún modo que ella no tematice aspectos del vivir colonial americano y contenidos derivados de ese estilo de cotidianidad. En la medida en que esta poesía quiere ser captación totalizadora de lo americano, soterradamente en *Residencia en la Tierra* y con todo relieve en *Canto General* se incluye como sector de experiencia colectiva de un continente el tipo de alienación religiosa.

No se trata, con todo, de una impregnación inmediata ni de una misteriosa introyección del medio social en el individuo. Colegio, profesores, la educación misma sin duda moldean e intensifican la tendencia que la comunidad ya contenía en sí. Pero lo que sobre todo impide la estructuración de una sensibilidad volcada hacia lo exógeno es el trabajo cotidiano, las formas concretas que adopta la praxis. Recuerda Neruda: "Había muchos martillos, serruchos y gente trabajando la madera y segando los primeros trigos. Según parece, a los pioneros no les hace mucha falta Dios."

En este dominio superabundante de la actividad práctica se va creando en el niño una suerte de espiritualidad dirigida hacia lo concreto y lo tangible, que favorece aún más el despliegue de su tendencia estética. Su ojo mimético persigue en los años infantiles el juego violento de las herramientas sobre la madera, y ese gesto brioso va a ir quedando como el ritmo fundamental de su poesía. Su intensa vocación hacia lo material, rasgo de fondo de su obra, no es entonces un inexplicable apetito de su temperamento, sino una dirección temprana que el trabajo forja, un tropismo desde entonces permanente. Y es esto, también, lo que hará más pálida su existencia estudiantil y lo que fundará, en *Crepusculario*, una vehemente búsqueda de un sentido de la actividad que no será sino recuperación de los primitivos estímulos de su infancia. Leeremos, más tarde, en *Memorial de Isla Negra*:

²⁴ Engels und Marx: *Die heilige Familie*, p. 116. *Werke*, Band 2, 1959.

el serrucho y la sierra
 se amaban noche y día
 cantando,
 trabajando,
 y ese sonido agudo de cigarra
 levantando un lamento
 en la obstinada soledad, regresa
 al propio canto mío:
 mi corazón sigue cortando el bosque,
 cantando con las sierras en la lluvia,
 moliendo frío y aserrín y aroma.²⁵

Esta imposibilidad de la alienación religiosa gracias al arraigo de la vida colectiva en el trabajo; la alusión, si no a la inexistencia, por lo menos a la real falta de consolidación de las clases sociales en la vida de La Frontera; las referencias al despojo ulterior de los indígenas y de los colonos: todo esto otorga a la imagen de Temuco que Neruda nos ofrece en "Infancia y Poesía" una especie de cercanía al estado de comunismo primitivo. La fantasía y la hipérbole se muestran aquí claramente en el simple hecho de que Temuco y su zona circunvecina están insertos en un desarrollo global del cual son por entero dependientes. La vida social que presenta esos rasgos es un producto, como hemos visto, de un intenso avance capitalista en el Sur del territorio. Pero no es menos cierto que los tiempos primitivos de toda colonización crean condiciones objetivas de trabajo que se resisten, en mayor o menor grado, a la amenazante estratificación de las relaciones sociales. Bacon, hombre de uno de los grandes países colonialistas, lo sabía cuando escribió: "Plantations are amongst ancient, primitive and hericall workes."²⁶ El pionero, en cualquier época o en cualquier circunstancia, siempre retorna, aunque sólo sea parcialmente y para luego establecer rígidamente el cuadro de las jerarquías sociales, a la primera edad, como escribiera en una de sus *Cartas* el fundador Pedro de Valdivia.

Con esto último se ha hecho manifiesto el afán totalizador que caracteriza a los recuerdos infantiles de Neruda: huellas fragmentarias, casi míticas, de un estadio anterior a la escisión social; poderosa reactualización del fenómeno histórico de la Conquista; ausencia absoluta de toda gravitación colonial, vivo enlace con las formas de actividad

²⁵ "Primer viaje", pp. 495-496. OC, t. II.

²⁶ *Of Plantations. Essays*. Aubier, Paris, 1948. Trad. de Maurice Castelain, p. 176.

más progresistas del país: así se configura un panorama de fuerzas colectivas que coincide en plenitud con el ser histórico de la patria.

Esta es también totalizada en su cuerpo físico. La anchura exigua del territorio queda exactamente enmarcada entre la luz amenazante del volcán Llaima y el recuerdo nítido de Puerto Saavedra, *cerca del mar*. En este arco que junta los dos flancos de nuestra geografía no se divisa, sino muy en ciernes, una secreta tensión que presidirá la poesía nerudiana en su conjunto y tal vez el mismo destino personal del poeta. Hay como una ciega elección que el poeta hace del mar contra la cordillera, como si cada chileno debiera hacer su vida con una de esas dos entidades formidables y a despecho del cielo todopoderoso de la otra, "Ay, del que no sabe qué camino tomar, del mar o de la selva..."²⁷ La mole nevada ha sido siempre algo temible para el poeta, ya por las catástrofes geológicas con ella identificadas, ya por ser la primera y altísima puerta en el paso de Almagro. Hay además, en su altura una vocación extramundana, que no deja de sobrecoger a la inflexible conciencia terrestre del poeta. "Este arrecife andino de colonias glaciales" —escribe en *Macchu Picchu*. En fin, el fecundo olor a mar que suaviza la piel y el costado de la patria se alza quizá, dentro del tenso antagonismo, con un privilegio oscuramente opuesto al sangriento rito solar de todos los días. ¿Por qué, si no, su vivienda en Isla Negra?

En el ritmo longitudinal de Chile la orientación exclusiva es el Sur. En qué medida esta orientación ha sido suscitada tempranamente por el viaje de Parral a Temuco es algo difícil de determinar. De lo que no hay duda es de que esa dirección se impone tenazmente, al fundar para siempre una zona de valoraciones óptimas en el espacio planetario.

Esta preferencia nerudiana, constantemente mantenida entre las posibilidades ofrecidas por el diagrama cardinal, es algo que puede ser contrastado provechosamente con otras formas poéticas de aclimatación en los puntos terrestres. Recuérdese la *boutade* huidobriana que figura en el "Prefacio" de *Altazor*: "Los cuatro puntos cardinales son tres: el sur y el norte." Aparte de lo que hay en esta frase de irónica ruptura contra las leyes de la lógica cotidiana, es claro que en ella se manifiesta también una singular posición del poeta frente al esquema cardinal. En la reducción a dos polos, una verdad humana de Huidobro está presente: su constante vaivén entre el norte y el sur, entre Francia y Chile, su actitud de pájaro migratorio entre las estaciones de Europa y América. Toda la paradoja humana de este poeta chileno que escribía

²⁷ *El habitante y su esperanza*, VI, OC, t. I, p. 126.

igualmente en francés se representa a la luz de esa frase, que nos conecta con el paradigma espiritual de sus *golondrinas* y con un tema suyo obsesionante: *las raíces de los pájaros*. El arraigo en medio del vuelo: no era otra su utopía existencial.

En Neruda no hay tal ir y venir; hay una posición definitiva. Se instala en el espacio para siempre en el Sur y desde el Sur. Este ánimo nerudiano, que experimenta múltiples transformaciones, configura un tropismo antártico que domina en su poesía y que también penetra en su vida. ¿Hay algo más inexplicable en el itinerario humano de Neruda que esa sumersión de 1925 en Chiloé, inmediata anticipación de su extremo alejamiento en India? Es como el impulso para el viaje, la necesidad de tocar fondo en el extremo de la tierra en busca de la energía que ha de proteger la aventura. Lo que en las pautas del azar es una simple invitación de su amigo Rubén Azócar, resulta, a la luz de un régimen biográfico esencial, algo sumamente decisivo: la certeza antes de lo incierto, la familiaridad con el Sur antes de la vastedad dominada por todos los horizontes.

En "Infancia y Poesía", por lo tanto, lo que se totaliza en forma preponderante es el Sur del territorio. El Norte es apenas una dirección entrevista y futura: es el tren que el niño no alcanza a tomar y que ha de conducirlo más tarde a Santiago, o el traslado de la Mistral para continuar enseñando más allá de Temuco. Del Bío-Bío al Estrecho de Magallanes se funda el verdadero domicilio geográfico del poeta, congruente casi con la fisonomía primitiva de la tierra. La patria antes de toda posibilidad de la historia patria, Chile antes de Chile. En efecto, el Estrecho de Magallanes imanta el espíritu del poeta hacia el sur. Más tarde, cuando regrese del Asia y navegue realmente por esas aguas filiales del globo, este Sur constituirá los pies físicos del territorio, su raíz extrema²⁸. El país, se erguirá, entonces, a la mirada ansiosa del poeta que vuelve del exilio y de la separación, justamente desde esa latitud polar. El azar biográfico se esencializa así a causa de esta identidad de sentido con el ámbito de vida de la colectividad nacional. Nuevo descubridor, el poeta navega en 1932 las mismas aguas que siglos atrás recorriera el primer marino que divisó nuestras costas. Porque, contra el Norte de Almagro y de Valdivia, este Sur del Estrecho representa el descubrimiento no invasor, el paso y la mirada que dejaron intacto el territorio. Luego de evocar la sombra grandiosa de Magallanes y su odisea en el extremo austral, escribirá Neruda en el *Canto General*:

²⁸ "Viaje por las costas del mundo". En: *Viajes*. Edit. Nascimento, 1955, p. 54.

Esfera que destroza lentamente la noche, el agua, el hielo,
 extensión combatida por el tiempo y el término,
 con su marca violeta, con el final azul
 del arco-iris salvaje
 se sumergen los pies de mi patria en tu sombra
 y allá y agoniza la rosa triturada.²⁹

Lo vemos una vez más: los mismos colores que aparecían en la infancia individual del poeta vuelven aquí en esta experiencia inaugural de la patria, experiencia inmediatamente anterior a la historia, de pureza irrescatable, antes y casi en el filo de la *sucia aurora*.³⁰

Sólo en este ensanche mayúsculo es posible comprender el sentido que Neruda adjudica a su propia infancia. Ella coincide cabalmente con el despliegue total de las fuerzas históricas de Chile, con su corporeidad geográfica. El poeta lo expresa en su compleja dialéctica de creación y desgracia, de unidad y escisiones. Desde el tránsito inicial por el Estrecho hasta sus años transcurridos durante la colonización de la Araucanía; desde esa frontera física hasta La Frontera histórica por antonomasia: tal es la impregnación objetiva de su infancia, lo dilatado de sus límites, que lo llevan a totalizar sintéticamente una armonía anterior a todas las rupturas y los momentos más incisivos en el transcurso histórico de nuestro país.

Pero algo más y no menos importante suministra todavía el Sur al poeta: la perspectiva única de su mundo. En un país y en un continente huérfano de toda tradición cultural asimilada, que permita adherir a fundadas perspectivas espirituales, el poeta se sitúa en la única óptica que le era posible: la posición ante la realidad ofrecida por la tierra de su infancia. Por supuesto, no será esta posición algo inmediato, instantáneamente condicionado. Habrá de por medio un grave momento de evasión celeste, de caída hacia arriba en el pozo inverso del cielo. Pero basta con pensar en los puntos de vista poéticos en que se sitúan las obras de Paul Claudel, por ejemplo, y de Saint-John Perse, con su olímpico desarrollo sobre las civilizaciones humanas, o en el núcleo de vivencias religiosas que está en el punto de partida de la poesía de Eliot, para comprender la distancia irreductible instaurada por Neruda y el ángulo específico de su visión.

El diagrama del Sur nerudiano es extenso. En cuanto perspectiva de mundo, como rincón de donde nacen. Las totalizaciones posibles de su poesía, se identifica con el origen, con la materia, con el fermento

²⁹ "Los Conquistadores", XXIV. OC, t. I, p. 375.

³⁰ *Ibid.*, p. 376.

histórico, con la instancia grandiosa de la fecundidad. Es decir, siempre la mirada *desde abajo*, desde el fondo creador y no desde el producto espiritual ideológicamente hipostasiado. En este sentido, el Sur se revela, en su más amplia significación, como la determinación concreta que reviste en Neruda la inmanencia.

A pesar de su profunda ambición totalizadora, esta poesía se resistirá siempre a contemplar el mundo con el privilegio de la mirada divina. No habrá nunca en Neruda, salvo en esa momentánea desviación de *Crepusculario*, esa conciencia de *survol*, de sobrevolar la realidad que Sartre ha detectado en Flaubert y que parece ser una de las tendencias históricamente más arraigadas en la vocación estética. Recusando todo salto en el vacío, toda impasibilidad trascendente a las cosas y a los acontecimientos, esta poesía se situará de plano y a firme en los confines más radicales de la inmanencia.

Sin embargo, esta posición adoptada por el poeta está tematizada conscientemente en toda su estructura contradictoria, también en la vecindad de los riesgos que implica. En un notable pasaje de "Antártica" Neruda expresa con intensidad el peligro que acecha a la perspectiva fundamental de su universo:

Reino del mediodía más severo,
arpa de hielo susurrada, inmóvil,
cerca de las estrellas enemigas.³¹

El Sur, este *mediodía más severo* de Neruda, es, a la vez, y contradictoriamente, *arpa de hielo*, el fondo silencioso de su canto, y vecino a la esfera donde se substancializa la más perfecta alineación: cerca de las estrellas enemigas.³² En otras palabras: la radiación del poeta en el mundo, en la medida que busca comprender el vasto movimiento de las cosas, limita y se roza con el abismo, con la posición extranjera, con el brillo altivo de un cielo que aún lo solicita, a pesar de haber sido una patria tempranamente renegada por la voluntad del poeta.

Ya lo vemos: por encima del desvío astral que describiremos a continuación,³³ más allá de las dudas que promueve en el poeta su contigüidad con los límites internos de la realidad, se impone como perspectiva fidedigna de sus poesías ese Sur de Temuco, la herencia más valiosa legada por su infancia.

Universidad de Concepción, Chile

JAIME CONCHA

³¹ "El gran océano", IX (OC, t. I, p. 666).

³² Cf. mi trabajo "Proyección de *Crepusculario*" (Atenea, 404, 1965).

³³ Será objeto de otro artículo.